

La vida detenida

(Para los tertulianos del grupo de Katori Shintô ryû de Kenshinkan dôjô: Emilio Puig, Joaquín Bohórquez, Alberto Palacios, Joao Reis, Juanma Zarzo, Alberto Sánchez, Enrique Píriz, Javier Lobato, Ángel, Javier Martín y Antonio Pascual).

Desde hace más de treinta años, un puñado de amigos nos reunimos todos los sábados para estudiar nuestro *koryû*. Después de tanto tiempo, se ha convertido en tradición hacer una tertulia antes de acometer la práctica de nuestro arte marcial y los miembros que forman ese grupo de trabajo llegan al *dôjô* con mucho tiempo de antelación para participar en ella, pues esa hora de conversación la consideran tan importante o más que el propio entrenamiento. Los temas que se abordan en el transcurso de ese encuentro son muy variados y van introduciéndose en función de las inquietudes de cada uno de los participantes.

Un día, uno de mis mejores amigos, un viejo practicante de *bujutsu*, llegó el primero a nuestra cita semanal y, de inmediato, abordó la charla recordándome cómo habíamos cambiado con el transcurso de los años, cómo dejamos atrás etapas que fueron tan significativas y que creíamos permanentes, cómo nuestro deseo de aprender fue derivando desde la cantidad a la calidad, desde la multiplicidad a la singularidad, incluso –prosiguió– cómo incursionamos en el haiku, después de haber escrito poesía en otros formatos, o cómo, simplemente, éramos felices haciendo algo tan sencillo como repetir eso que practicábamos una y otra vez, y que no eran sino los katas de nuestra Escuela. Esto último, una vez más, sin desear más que hacerlos por puro placer. Él, que también es pintor, había simplificado su relación con la pintura descubriendo en un simple trazo, en un dibujo al carboncillo o en la inmediatez de la acuarela, otras oportunidades de felicidad.

“Sin renunciar a todo ello, casi sin darnos cuenta, hemos ralentizado nuestro ocio, la conversación, nuestro bujutsu e, incluso, nuestra forma de ver el mundo. ¿No te has dado cuenta de que estamos deteniendo nuestro tiempo...?”. Terminó diciéndome.

Siguiendo el hilo de sus palabras saqué a colación mi primer encuentro con otra vieja amiga a quien había estado observando durante años practicando *Tai Chi*. Cada vez que el destino me hacía coincidir con ella veía que sus movimientos se habían ralentizado un poco más hasta permanecer en ellos tan quieta que, por momentos, parecía convertirse en una estatua de sal. No obstante, ella me aseguraba que no, que aún en el interior de esa quietud aparentemente total existía una posibilidad de trabajar y que buscaba esa dimensión minimalista dilatando más y más sus movimientos. Sin detención. A través del ejercicio de su arte mi amiga no hacía sino situarse en el ahora más inmediato y allí, alejada de un pasado en el que no creía y de un futuro que consideraba aún más irreal, permanecía durante horas, deteniendo la curva de su tiempo y siendo más observadora que activista, experimentando ese presente infinito que perseguía con ahínco. *“Esa experiencia me resulta ilimitada”*. Me confesaba.

Yo, que la había estado visitando durante treinta años, que la había visto multiplicar sus registros técnicos yendo del Tai Chi al Bagua, del Chi Kung al I Ching, que había sido espectador de multitud de aplicaciones y diferentes estilos, la observaba ahora acotar sus movimientos, detener los gestos, minimizar desplazamientos, respiración y deseos.

“Si existe un lugar en el mundo donde uno es verdaderamente libre, ése lugar es el presente inmediato. Instalarse en él es lo más cerca de la liberación que podemos llegar a estar”. Me dijo en otra ocasión.

Tan alejado aún de ella y de su posición, me quedé allí varado, al abrigo de su experiencia, viendo cómo sus movimientos se ralentizaban y empequeñecían hasta casi desaparecer, aunque sabía que en aquella pequeñez ella continuaba ampliando su sensibilidad y, desde ella, agrandando más y más su conciencia y su libertad.

Cuando a Wittgenstein le preguntaron por la eternidad, explicó que si la pretendemos entender como una duración temporal nunca llegaremos a comprenderla, pero si lo hacemos observándola como intemporalidad descubriremos la vida eterna: ésa que pertenece a quienes se instalan en el presente, en la *“eternidad del presente”*. El filósofo iba más allá en su razonamiento defendiendo otra idea de mucho calado: *“la muerte no será una experiencia”*. Afirmaba rotundo. *“Solo la vida es experimental”*. Terminaba el genial pensador.

También los taoístas de Taishan o Wudang quisieron detener el tiempo, alejándose de los núcleos urbanos y refugiándose en la naturaleza para desarrollar el Taoísmo en las montañas brumosas de China. Uno de ellos, el sabio Lao Tse, afirmaba que los hombres de verdad dormían sin sueños y despertaban sin preocupaciones explicando, de otra manera, aquello que expresara el filósofo austriaco, pues si vives en el presente inmediato no puedes soñar, ya que no llevas contigo el peso de tu pasado ni la ansiedad de lo que ha de acontecer. Observado desde otra perspectiva, el pasado no es sino un presente que fue y el futuro no es sino otro presente que habrá de llegar, por tanto, todo acontece en el presente. Lo demás no es sino una creación de la mente.

Ahora, que la vida se ha detenido frenándonos, amordazándonos, silenciándonos, quizá sea el momento de regresar a lo imprescindible. Quizá sirvan estos meses como oportunidad para intentar aproximarnos al ahora, para iniciar el camino de regreso al hogar, para eliminar equipajes superfluos, para instalarnos en el presente, ese presente que, sin renunciar a vivir, no hace sino liberarnos del denso pasado y el inquieto futuro, deteniendo la vida en el único lugar donde es verdaderamente posible.

Kenshinkan dôjô 2020